

## Intercambios de cuidados y personas adultas mayores en el contexto de la pandemia en México

Margarita Estrada Iguíniz<sup>1</sup>, Georgina Rojas García<sup>2</sup>, Lisa Warn Cruz<sup>3,4</sup>

Recibido: 4 de febrero de 2021/ Aceptado: 10 de mayo de 2021

**Resumen.** El artículo se centra en el estudio de las formas de participación familiar de un grupo de personas adultas mayores mexicanas durante los primeros meses de la pandemia de COVID19. En un contexto en el que los integrantes de las familias debieron reorganizar su vida cotidiana debido al confinamiento y la reducción de las actividades económicas, las y los adultos mayores fueron una vez más fuente de apoyo y compañía. Estas personas pusieron a disposición de sus parientes cercanos sus recursos económicos y materiales, y su trabajo que se plasmó en los cuidados que brindaron a los suyos. Por su parte, hijos e hijas adultos buscaron la manera de proteger a sus progenitores. A través del intercambio de recursos y cuidados los y las integrantes las familias estudiadas lograron la organización de la vida diaria que requería el contexto de la pandemia, y paliar algunos de sus efectos más negativos como el empobrecimiento y el abandono.

**Palabras clave:** Pandemia COVID19; Personas adultas mayores; Cuidados; Familia; México.

### [en] Exchanges of care and older adults in the context of the pandemic in Mexico

**Abstract.** The article focuses on the study on family participation forms of Mexican elder group during the first months of COVID19 pandemic. In a context of family members who needed to reorganize their daily lives due to confinement and the reduction of economic activities, the elderly were, once again, a source of support and company. These group made available their financial and material resources to their close relatives, and their work, which was reflected in the care they provided to their loved ones. On the other hand, grown up sons and daughters sought a way to protect their parents. Through the exchange of resources and care, the members of the studied families achieved the organization of daily life required in the context of the pandemic and alleviate some of its most negative effects such as impoverishment and abandonment.

**Keywords:** COVID19 pandemic; Elderly population; Care; Family; Mexico.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. El contexto socioeconómico mexicano y el arribo de la pandemia. 3. El debate sobre los cuidados. Algunas notas. 4. Nota metodológica. 5. La muestra del estudio. 6. Las personas mayores y su papel en el trabajo de parentesco. 7. Los entramados de intercambios. 8. ¿Cuáles son las limitantes de los apoyos que se pueden proveer? 9. Consideraciones finales. 10. Referencias bibliográficas

**Cómo citar:** Estrada Iguíniz, M.; Rojas García, G.; Warn Cruz, L. (2022). Intercambios de cuidados y personas adultas mayores en el contexto de la pandemia en México, en *Revista de Antropología Social* 31(1), 1-15.

### 1. Introducción

La pandemia de COVID 19, que apareció a principios de 2020, cambió las formas de convivencia entre las personas, y de manera especial la de las mayores de 60 años. La sintomatología que ocasiona el virus, su letalidad, el alto nivel de contagios, volvían muy vulnerables a las personas mayores. En este contexto, el gobierno mexicano, siguiendo las indicaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), recomendó extremar

las precauciones para evitar que cayeran víctimas de esta enfermedad que podía ocasionarles la muerte. La recomendación más importante era el confinamiento, pues era la única manera segura de evitar el contacto con las personas que pudieran ser fuente de contagio<sup>2</sup>

Sin embargo, los procesos familiares, las dinámicas cotidianas, no siempre pueden interrumpirse para acatar una indicación del gobierno. En un contexto de la pandemia, en el que el confinamiento y la suspensión de casi todas las actividades traía consigo cambios en las condiciones labora-

<sup>1</sup> Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-CDMX)

<sup>2</sup> Investigadoras independientes

<sup>3</sup> Investigadora independiente

<sup>4</sup> Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-CDMX)

<sup>5</sup> [https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/546843/Comunicado\\_Tecnico\\_Diario\\_COVID-19\\_2020.04.15.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/546843/Comunicado_Tecnico_Diario_COVID-19_2020.04.15.pdf) (Consultado el 15 de abril de 2020).

les, pérdida de ingresos y soledad, los parientes volvieron a ser –igual que en otros momentos críticos (Estrada, 1999)– una fuente de apoyo y compañía.

En México, el apoyo gubernamental para la atención de infantes y personas adultas mayores es muy restringido, de modo que los cuidados han descansado en la familia y en particular en las mujeres (Comas, 2016: 4). Las formas de organización familiar predominantes implican el involucramiento de tres y cuatro generaciones en las actividades cotidianas, pues, como previeron los demógrafos latinoamericanos décadas atrás, la reducción de la mortalidad –una característica de la transición demográfica– posibilitaría la convivencia de múltiples generaciones por un lapso prolongado (Pantelides, 1984). Por ello, se observa con frecuencia que los y las abuelas cuidan a los nietos mientras padres y madres trabajan; los padres y madres reciben el apoyo de hijos e hijas cuando ya no están en condiciones de vivir solos; las personas mayores comparten sus pensiones, sus ahorros, sus ingresos, e incluso su vivienda, con su descendencia.

Si bien estas formas de participación cambian en los distintos sectores sociales –dado que en México el Estado de Bienestar nunca llegó a consolidarse, como en Europa o en otros países industrializados (Brachet, 1994)– podemos afirmar que son una práctica que atraviesa al conjunto de la sociedad mexicana<sup>6</sup>. Algunos estudios sobre las condiciones de vida de los y las adultos mayores han puesto en evidencia el desafío que representa la demanda de cuidados y atención médica de las personas adultas mayores, y el papel que han jugado las familias y las redes sociales, en particular las mujeres, para cubrir las deficiencias en los servicios del Estado dirigidos a esta población (Beck y Beck, 2003; Comas, 2016; Enríquez, 2014; Montes de Oca, 2001). Sin embargo, también se ha analizado el papel que juegan estos hombres y mujeres mayores en la red familiar de apoyo económico y de cuidados cotidianos (Marteleto y Noonan, 2001), y su participación en épocas de crisis (Rivas Rivas: 1999). En el entorno de la pandemia, estas maneras de organizarse y su dinámica no se abandonan solo por una recomendación. La fuerza de los procesos familiares, que involucran a todos los miembros de la familia, incluidas las personas mayores, la necesidad de solucionar problemas, de brindar apoyos, de convivir, tienen más poder que los consejos de confinamiento social.

En este artículo sostenemos que el intercambio de cuidados implica una doble vía, un “circuito de reciprocidad” en el sentido dado por Sahlins (2013), y observamos que, de alguna manera, la pandemia puso a prueba los vínculos preexistentes y el funcionamiento de las redes de intercambio. Nos planteamos examinar el “trabajo de parentesco” (Di Leonardo, 1987), los sentidos del intercambio y los límites de este en el contexto de la pandemia de COVID19 en México. Y buscamos dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cómo se han organizado las familias respecto a sus redes de apoyo y cuidado? ¿Cuál es la participación de las personas mayores en estas redes de intercambio? ¿Qué di-

ferencias hay en dicha participación según el género y los subgrupos de edad?<sup>7</sup>

Este artículo está organizado de la siguiente manera: en el primer apartado damos elementos acerca del contexto socioeconómico mexicano durante los meses de la pandemia. En el segundo, planteamos algunos elementos teóricos relativos al debate sobre los cuidados. Posteriormente explicamos la metodología que seguimos en esta investigación, describimos también la muestra de nuestro estudio, y presentamos algunos resultados de la encuesta que levantamos. Después nos centramos en los papeles jugados por las personas mayores en el llamado “trabajo de parentesco” que involucra a las diferentes generaciones alrededor de ellas –es decir, tanto a su descendencia como a sus padres– y, finalmente, exploramos algunas condiciones que limitaban el apoyo que podían brindar. Cerramos con nuestras consideraciones finales.

## 2. El contexto socioeconómico mexicano y el arribo de la pandemia

La pandemia de COVID19 llegó a México en medio de una economía estancada, que empeoró, y de una profunda desigualdad socioeconómica que se manifestó de inmediato. En este apartado nos centraremos en algunos rasgos que ofrezcan un panorama de las características de la sociedad mexicana cuando, en febrero de 2020, se identificaron los primeros casos de personas contagiadas por el virus SARS-Cov2.

De los años ochenta en adelante, cuando se dio un vuelco hacia el modelo de economía abierta, en México se han presentado crisis recurrentes: durante varios años en esa década de 1980, después en 1995, en 2008–2009, y de 2019 a la fecha (2021). Según diversos estudiosos, los ciclos que se han observado implican crecimiento, estancamiento, caída y posterior recuperación que, a largo plazo, significa la pérdida de lo que se había recuperado en el periodo de crecimiento. Así es como se han comportado los salarios (Bortz y Águila, 2006) y otros indicadores, como el Producto Interno Bruto (PIB). Respecto de este último, por ejemplo, entre 1990 y 2017 creció a una tasa anual promedio de 2.6%, con variaciones a lo largo del periodo, pues las severas crisis llevaron a una clara caída: en 1995 (-6.3%) y en 2009 (-5.3%). En particular desde 2008-2009 hasta 2018 se calcula que el PIB no rebasó el 2% anual<sup>8</sup> en 2019 cayó a un -0.1% anual y se desplomó a -8.2% anual en 2020<sup>9</sup>.

Frente a este panorama de economía estancada, resulta paradójico que los niveles de desempleo en México hayan sido históricamente bajos, pues aún en los periodos de crisis no han alcanzado los dos dígitos: en 1983, un año difícil, la tasa de desempleo llegó a 6.9%, igual que en 1995, cuando el país se encontraba en medio de otra crisis (Rojas, 2018); en 2009 fue de 5.3%<sup>10</sup> y 4.6% al cerrar el

<sup>6</sup> Las investigaciones de Adler Lomnitz y Pérez Lizaur (1993) entre las familias de la élite mexicana, Estrada (1996) y González de la Rocha (1986) entre los sectores populares, Vallentin (2020) entre los migrantes rurales, por mencionar solo algunos, ilustran estos comportamientos.

<sup>7</sup> Agradecemos las sugerencias y comentarios de las personas que evaluaron de manera anónima este artículo.

<sup>8</sup> <https://www.banxico.org.mx/publicaciones-y-prensa/informes-trimestrales/recuadros/%7B81E83E11-CFE1-C761-B850-8949FC923C55%7D.pdf>

<sup>9</sup> <https://datosmacro.expansion.com/pib/mexico>

<sup>10</sup> [https://www.google.com/search?q=tasa+de+desempleo+en+mexico+2009+inegi&rlz=1C1GCEA\\_enMX919MX919&oq=desempleo+en+mexico+2009&aqs=chrome.1.69i57j0i19i22i30i6.10540j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8](https://www.google.com/search?q=tasa+de+desempleo+en+mexico+2009+inegi&rlz=1C1GCEA_enMX919MX919&oq=desempleo+en+mexico+2009&aqs=chrome.1.69i57j0i19i22i30i6.10540j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8)

2020<sup>11</sup>. Estos niveles se han explicado por la falta de un seguro de desempleo que orilla a la población a realizar cualquier actividad que le genere algunos ingresos (Rojas y Salas, 2008). La carencia de un seguro de desempleo, cuestiona María Cristina Bayón, no es privativa de México en la región latinoamericana y, sin embargo, las tasas de desempleo son comparativamente más bajas en el país. En ese sentido, lo que se pone en juego es la concepción misma del trabajo para los mexicanos, pues este “tiende a estar más asociado a la generación de ingresos que a la estabilidad y la protección” (Bayón, 2006: 141).

Al respecto, cabe enfatizar que un rasgo histórico de la estructura laboral en México es su profunda heterogeneidad (Pacheco, 2014), pues aún en el periodo de mayor dinamismo económico, la absorción de la fuerza de trabajo en el empleo formal fue restringida (García, 1988). De ese modo, el empleo estándar o no precario –identificado por Rodgers (1989) para los países europeos– en México ha sido una referencia, un tipo ideal, más que la norma en términos estadísticos o sociológicos (Rojas y Salas, 2008). La informalidad en México –asociada a la baja productividad, el empleo en pequeñas empresas, la falta de cobertura de seguridad social y los bajos ingresos– tiene un comportamiento contracíclico, es decir, tiende a expandirse en periodos de crisis, pues funge como un refugio para la fuerza de trabajo desplazada del empleo formal y, además, ha sido el contenedor permanente para grandes contingentes de trabajadores que nunca han accedido al empleo protegido. En México

“...la informalidad absorbe cerca del 60% de la fuerza de trabajo conforme a las definiciones de la OIT, los derechohabientes de los regímenes de seguridad social no protegen a más de 40% de la población; la mitad de los habitantes son pobres, principalmente por falta de trabajo [remunerador]; no se ha instituido seguro de desempleo y el grueso de la población vieja (70%) carece de pensiones...” (Ibarra, 2012: 9)

El Estado de Bienestar en México no fue tan sólido como en los países industrializados, y su inclusión se dio a través del mercado. Por ello la segmentación laboral estableció “enormes barreras de acceso [a la seguridad social], sobre todo para los campesinos, indígenas y pobres suburbanos; todos ellos sin rutas seguras para obtener un empleo formal y sin representación corporativa” (Valencia Lomelí, 2019: 207). De acuerdo con el autor, la dotación de seguridad social en México sedimentó la estratificación social. Las dos principales instituciones de seguridad social son el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) que cubre a trabajadores de las empresas privadas y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y existen otras para sectores de trabajadores específicos –por ejemplo, las fuerzas armadas y Petróleos Mexicanos– pero son las dos primeras instituciones la que cubren con tales beneficios sociales a la mayoría de los trabajadores. Por las repercusiones que tiene, es de destacar que en 1997 las

pensiones se privatizaron de manera parcial, y desde entonces están sujetas a los vaivenes del capital financiero.

Otro cambio importante se dio en 2003 cuando se creó el llamado “Seguro Popular” que buscaba ampliar la cobertura de los servicios de salud, pero además de que ofrece un paquete mínimo de servicios de salud, no está ligado a un sistema de ahorro para la vejez o incapacidad<sup>12</sup>. Se creó asimismo en 2007 una pensión no contributiva para los adultos mayores. Al respecto Valencia Lomelí (2019) llama la atención sobre el hecho de que esta inclusión no convierte a estas personas en derechohabientes, sino en beneficiarios. De acuerdo con el autor, los montos transferidos no logran reducir los niveles de desigualdad, por lo que la seguridad social sigue siendo un factor importante de estratificación. Así lo sugieren los siguientes datos: “En 2017, 21.8% de la población de 15 y más años realizaba aportaciones a una institución de seguridad social, 21.6% cotizó alguna vez y 56.1% nunca ha cotizado”<sup>13</sup>. Es decir, de continuar así, estos últimos no tienen perspectiva de alcanzar una pensión en la vejez. Según la misma fuente, de la población de 15 años y más, solamente 5,1 millones de personas (5,6%) son pensionados.

A finales de febrero de 2020, cuando se presentó el primer caso de COVID19 en México, el país debía enfrentar la pandemia con problemas económicos y unos servicios de salud insuficientes. A esto se sumó que México tomó medidas de respuesta a la pandemia con retraso, pues no fue sino hasta el 5 de abril que el presidente presentó un plan de recuperación económica. Este consistió en doce acciones para reactivar la economía ante la pandemia. Sin embargo, estas acciones no estaban diseñadas para contrarrestar la especificidad de los desafíos que planteaba la pandemia, sino que eran parte del programa de inversiones del gobierno. El único punto novedoso era la contratación de personal de salud para atender la pandemia<sup>14</sup>. Ninguna de estas medidas estaba orientada a proteger la actividad económica ni el empleo. En términos de política fiscal el único compromiso fue la devolución, de manera expedita, del impuesto al valor agregado (IVA) a empresas y usuarios (Serna, s/f).

Esta decisión del gobierno federal de no apoyar a los trabajadores por cuenta propia, a los micro, pequeños y medianos empresarios, en el largo plazo significaba dejar en peligro de clausura a los establecimientos que generan el 70% de los empleos en el país, y retardar la recuperación económica. En el corto plazo, la ausencia de programas de apoyo a las empresas y trabajadores por cuenta propia se tradujo en una disminución de 4,2 millones de personas ocupadas al terminar el tercer trimestre de 2020 respecto al mismo periodo en 2019<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Valencia Lomelí (2019: 221) retoma los siguientes datos: considerando el Seguro Popular y los otros sistemas, en 2016 la población carente de servicios de salud era de 15,5%; sin el Seguro Popular dicha carencia hubiera sido del 61%.

<sup>13</sup> <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSociodemo/ENESS2018.pdf>

<sup>14</sup> <https://lopezobrador.org.mx/2020/04/05/presidente-anuncia-acciones-para-la-reactivacion-economica-ante-covid-19-en-primer-informe-del-ano-al-pueblo-de-mexico-2/>

<sup>15</sup> [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/enoe\\_ie/enoe\\_ie2020\\_11.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/enoe_ie/enoe_ie2020_11.pdf)

<sup>11</sup> [https://www.google.com/search?q=desempleo+en+mexico+2020&rlz=1C1GCEA\\_enMX919MX919&oq=desempleo+en&aqs=chrome..69j69j57j0l8.14717j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8](https://www.google.com/search?q=desempleo+en+mexico+2020&rlz=1C1GCEA_enMX919MX919&oq=desempleo+en&aqs=chrome..69j69j57j0l8.14717j0j15&sourceid=chrome&ie=UTF-8)

Con la llegada de la pandemia en México se conjugaron tres crisis: la económica, la de salud y la del miedo de la población a contagiarse.

### 3. El debate sobre los cuidados. Algunas notas.

Los cuidados son un trabajo esencial para la vida y su sostenibilidad. No se trata de tareas marginales, pues todas las personas requieren cuidados en todas las etapas de la vida (Comas, 2016). Son tareas orientadas a apoyar a la gente para hacer frente a sus necesidades diarias y deseos. Su objetivo entraña una profunda y constante interacción entre quien los provee y quien los recibe (Federici, 2013; Hanlon 2012; Zelizer, 2009: 182). Existen diferentes tipos de cuidado: las relaciones de cuidados primarios (trabajo amoroso) que implican relaciones íntimas en las que hay apego, interdependencia, compromiso. Los cuidados secundarios que se brindan a la parentela, amigos, vecinos, e implican menor inversión de tiempo, compromiso e involucramiento emocional. Las relaciones de cuidados terciarios que involucran a gente desconocida hacia la que se tienen responsabilidades por obligaciones legales o a través del voluntariado o el activismo (trabajo solidario) (Lynch y Walsh, 2009). Los cuidados terciarios se hacen a cambio de un pago, mientras que los cuidados primarios no es posible pagarlos, pues es el afecto el que los motiva. En este artículo nos centraremos en estos últimos, las atenciones brindadas por integrantes de la familia a sus seres queridos, que no son pagadas, pues en México, como se señaló al principio, la provisión de apoyos por parte del Estado para los cuidados es muy limitada: la familia es, entonces, el lugar donde se brindan los cuidados.

El trabajo amoroso (*love labour*) está dirigido a personas que son significativas en términos relacionales, hacia las que existe un compromiso del o la cuidadora (Lynch, Baker y Lyons, 2009: 42 y ss.; Lynch y Walsh, 2009: 51). La intimidad, el apego, el compromiso que implica el trabajo amoroso sustentan un sentido de pertenencia y de importancia para quien lo hace y para quien es el beneficiario. Este significado es lo que sustenta conductas que se consideran cualidades femeninas, como “el ejercicio de la paciencia, estar pendiente, negociar, mimar, que están vinculadas con las emociones y el desarrollo de la empatía” (Aguilar, Soronellas y Alonso, 2017: 93). Además, las mujeres suelen hacerse cargo de la mayor parte de las tareas orientadas a la reproducción, y, por lo tanto, de los cuidados.

La asignación de quién(es) se hará(n) cargo de las tareas de cuidados depende de la estructura demográfica y de la situación económica del hogar, de los roles familiares y de las relaciones interpersonales (Durán, 2020: 102). Esta asignación, que sin duda es resultado de las normas y valores sociales dominantes, en términos de la experiencia de los integrantes de cada familia se justifica en las vivencias compartidas y en los sentimientos de pertenencia y reciprocidad. Su objetivo es alimentar el vínculo emocional (Lynch y Lyons 2009; Lynch y McLaughlin 1995: 263; Lynch 1989, citados en Hanlon 2012: 35).

No obstante lo anterior, cuando se vuelve necesario los hombres también participan en las tareas de cuidados. Los motivos que les llevan a ello son diversos, y están relacionados con los cambios en la estructura demográfica de los hogares (disminución del número de hijos e hijas), las nuevas concepciones acerca de las obligaciones entre los integrantes de la familia que cuestionan las asignaciones por género y generación, y que promueven el involucramiento de los varones en los cuidados (Aguilar, Soronellas y Alonso, 2017; Bofil-Poch, 2006; Comas, 2016).

En la medida en que brindar cuidados implica la satisfacción de necesidades físicas y afectivas que están entrelazadas, no es posible dividirlos entre materiales e inmateriales (Beck y Beck, 2002; Federici, 2013). Uno de sus rasgos es que requieren inversión de dinero, esfuerzo físico y tiempo; además, ponen en juego al pensamiento, los sentimientos, los conocimientos y la identidad (Comas, 2016: 3; Glenn, 2000: 86; Hanlon 2012: 33; Lynch y Walsh, 2009: 45).

El trabajo orientado a la creación de las condiciones para el bienestar de los seres humanos involucra, por una parte, recursos económicos para obtener los bienes materiales que precisa, y por otra, trabajo para convertirlos en satisfactorios. En esta lógica se lleva a cabo el trabajo doméstico cotidiano; es decir, en los hogares se compran y cocinan alimentos, se lava la ropa, se asean las casas. Además, se acompaña, se escucha, se atiende a las personas enfermas o con discapacidad, a las y los niños. Y no menos importante, se reconforta durante las crisis, se brinda seguridad y consuelo (Federici, 2003: 160; Finch, 1994: 14).

Los cuidados no se restringen a quienes habitan bajo el mismo techo. También se destinan a personas con las que se ha desarrollado una relación de convivencia frecuente, de participación en las actividades que constituyen la vida familiar, quienes conforman la red de parientes. Las experiencias compartidas, la cercanía afectiva, se manifiestan en los deseos de bienestar para estas personas, y por ello se convierten en depositarios de sentimientos, energía y trabajo, de cuidados (Carsten, 2004: 9). De esta dinámica de apoyo, convivencia y cuidados deriva lo que Di Leonardo denominó ‘trabajo de parentesco’. Este se refiere a

la concepción, mantenimiento y celebraciones rituales a través de los lazos del parentesco de los hogares, incluidas visitas, cartas, llamadas telefónicas, regalos y tarjetas a los parientes; la organización de reuniones; la creación y el mantenimiento de relaciones de casi-parentesco; las decisiones de negar o intensificar ciertos lazos; el trabajo mental de reflexión de estas actividades; y la creación y comunicación de imágenes alteradas de la familia y los parientes de cara a las imágenes de otros (Di Leonardo, 1987: 442-443) (traducción propia).

El trabajo de parentesco es íntimo, cercano, emocional. Sobre estas bases se construyen relaciones y se fortalecen los vínculos del parentesco (Aguilar, Soronellas y Alonso, 2017; Carsten, 2004). Estas actividades y conductas derivan en relaciones que permiten a hombres y

mujeres “reorganizar sus vínculos familiares y gestionar los procesos de tensión a los que la sociedad les somete” (González, 2016: 154).

De manera que los cuidados, los trabajos para brindar bienestar, son de índole muy diversa y abarcan aspectos como lo económico, vivienda, atenciones personales, ayuda práctica y vigilancia de los niños y niñas, apoyo moral y emocional, y forman un entramado en el que todas sus manifestaciones fluyen desde y hacia todos los y las integrantes (Finch, 1994: 14).

#### 4. Nota metodológica

El confinamiento obligatorio –o al menos recomendado para quienes pudiéramos seguir realizando nuestras labores desde la casa– por la pandemia, implicaba el reto de tener acceso a personas que quisieran participar en nuestro estudio, pero sin establecer el contacto con ellas de manera directa. Es decir, ante condiciones previamente desconocidas, la pandemia demandó cierta creatividad metodológica. Esta investigación, implicó el desarrollo de estrategias de construcción de la información que nos hicieran viable el acceso a la población que queríamos estudiar, y al mismo tiempo nos permitieran respetar la cuarentena.

De ese modo, la estrategia que propusimos buscaba la generación de información cuantitativa y cualitativa. Las vías que encontramos fueron, respectivamente, una encuesta y entrevistas semiestructuradas, dirigidas a personas de 60 años o más. Diseñamos la encuesta en la plataforma de Google llamada Formularios. Después de múltiples intercambios y reuniones por videoconferencia, acordamos la inclusión de las siguientes secciones en el cuestionario: información sociodemográfica; integrantes del hogar; situación laboral y de cesantía, pensión o jubilación; situación laboral y de cesantía, pensión o jubilación de otros integrantes del hogar; funcionalidad del hogar *antes* y *durante* la cuarentena; dependientes económicos; confinamiento; cambio de residencia; visitas; estrés y apoyo psicológico.

Casi al final del cuestionario hacíamos una invitación a participar en una entrevista que complementaría a la información obtenida mediante la encuesta. Las personas que respondieron afirmativamente nos proporcionaron un medio de contacto –correo electrónico o número telefónico– para concretar una cita. Realizamos las entrevistas vía telefónica y solicitamos la autorización para grabar el audio. Así fue como recabamos la información cualitativa.

Hicimos circular el cuestionario durante los meses de junio y julio de 2020<sup>16</sup> Para la distribución utilizamos la técnica de “bola de nieve”. En un primer momento recurrimos a nuestros propios contactos. Estas personas, a su vez, nos ayudaron a circularla más ampliamente, lo que se logró, sobre todo, usando redes digitales como WhatsApp y Facebook, y correo electrónico. Dadas estas circunstancias, se trata de una encuesta no probabilística, autoadministrada.

El uso de las redes sociales para la distribución del cuestionario nos permitió acceder a una población más amplia que una investigación realizada con la aplicación cara a cara del cuestionario, y las entrevistas presenciales. Las redes sociales nos permitieron llegar a personas radicadas en 28 entidades federativas. Este alcance hubiera sido imposible mediante una aplicación del cuestionario de manera presencial, pues habría implicado recursos económicos, personales y temporales de los que carecíamos. Por otra parte, la desventaja de esta estrategia metodológica es que limitó el acceso a sectores de la población que carecen de herramientas de tecnología digital o que están más allá de los vínculos sociales de las personas que constituyen la muestra, que amablemente accedieron a participar en el estudio.

Obtuvimos 463 respuestas al cuestionario. Para obtener los resultados de este documento, la base de datos fue revisada en Excel y recodificada y procesada en STATA. Además, hicimos 24 entrevistas semiestructuradas, que nos permitieron profundizar en algunos de los resultados del cuestionario.

En las entrevistas abordamos los cambios que había tenido el trabajo que realizaban las personas adultas mayores y su descendencia; los ajustes que habían hecho en la dinámica doméstica: la redistribución de espacios para que las personas que vivían en el hogar pudieran trabajar, estudiar, descansar en casa; las formas que instrumentaron para mantener el contacto con las personas cercanas a pesar del confinamiento; los cambios en las actividades cotidianas; el estado de ánimo y sus perspectivas de futuro.

Cabe mencionar que las entrevistas semiestructuradas solo en contados casos derivaron en entrevistas abiertas. La ausencia de un contacto presencial, cara a cara, dificultaba el *rapport* entre nosotras y las personas entrevistadas. No podíamos hacer contacto visual, ni observar la expresión de la cara, la postura corporal, los movimientos, así como tampoco conocimos el contexto físico en que cada persona entrevistada se desenvolvía. Pudimos solamente percibir algunos cambios en el tono de la voz durante la entrevista. Esto impidió conversar sobre aspectos más íntimos de la situación de confinamiento, que requieren, además del *rapport*, confianza. Para alcanzar esta confianza se necesita transformar una entrevista en una conversación (Hanlon, 2012). Además, debido a este conjunto de circunstancias, solo en dos casos pudimos concertar una segunda llamada.

Otra limitación fue la presencia constante, derivada del confinamiento, de otros residentes en la casa. Según pudimos percibir, esto coartó, en algunos casos, la libertad para hablar sobre ciertos aspectos de la vida familiar durante la cuarentena, como los conflictos intrafamiliares, o la manera como se tomaron los acuerdos para hacer las labores domésticas, por mencionar solo dos aspectos.

Otra vía de acercamiento a los adultos mayores durante la pandemia fue la participación en un grupo de WhatsApp formado por 34 mujeres que tenían entre 63 y 67 años. En ese grupo hicimos seguimiento de los intercambios de mensajes. Ahí las integrantes expresaron la infinidad de cuidados que prodigaban, las preocupacio-

<sup>16</sup> En esas fechas la población mexicana tenía dos meses confinada.

nes y satisfacciones que despertaba el papel que estaban jugando en el contexto del confinamiento, algunos de los conflictos que vivían, el cansancio y los sentimientos que el confinamiento les despertaba.

Consideramos pertinente señalar lo que percibimos como necesidad de hablar, que tenían las personas en confinamiento. En general, al final de cada entrevista hubo manifestaciones de agradecimiento ante nuestro interés por conocer la situación en que se encontraban durante la reclusión.

## 5. La muestra del estudio

De las 463 personas adultas mayores que respondieron el cuestionario, 112 (24,19%) son hombres y 351 (75,81%) mujeres, que residen en 28 Estados de la república mexicana, como ya señalamos antes. El 52,4% vivía en la Ciudad de México, el 9,9% en el Estado de México, 6,8% en Veracruz y otro tanto en Jalisco. El 24% restante vivía en el resto de los Estados. La distribución de las personas adultas mayores por edad se muestra en el cuadro núm. 1 (con una media de 68 años y una DV de 0.29):

Cuadro núm. 1. Distribución de las personas adultas mayores por grupo de edad y sexo

Edad	Sexo		Total
	Hombres	Mujeres	
	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)
60-64 años	29,5 (33)	40,7 (143)	38,0 (176)
65-69 años	35,7 (40)	30,5 (107)	31,8 (147)
70-74 años	17 (19)	16,2 (57)	16,4 (76)
75-79 años	8,9 (10)	8,6 (30)	8,6 (40)
80-84 años	7,1 (8)	1,4 (5)	2,8 (13)
85 y más años	1,8 (2)	2,6 (9)	2,4 (11)
<b>Total</b>	100 (112)	100 (350)	100 (462)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

Como se aprecia en el cuadro 1, el 70% de las personas que respondió el cuestionario tenía menos de 70 años. Esto las colocaba en una situación en que el deterioro físico que acompaña al envejecimiento no era muy acentuado, lo que se refleja en el papel que han jugado en las redes de apoyo y en los cuidados que brindaban a otros como veremos más adelante<sup>17</sup> En lo que se refiere al estado civil, los resultados que arrojó la encuesta son los siguientes:

Cuadro núm. 2. Distribución de frecuencias de las personas adultas mayores según situación conyugal y sexo

Situación conyugal	Sexo		Total
	Hombres	Mujeres	
	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)
Soltera(o)	2,7 (3)	16,3 (57)	13 (60)
Casada(o)	70,5 (79)	39,7 (139)	47,2 (218)
Unión libre	8,9 (10)	5,1 (18)	6,1 (28)
Separada(o)	3,6 (4)	5,7 (20)	5,2 (24)
Divorciada(o)	8,9 (10)	15,4 (54)	13,9 (64)
Viuda(o)	5,4 (6)	17,7 (62)	14,7 (68)
<b>Total</b>	100 (112)	100 (350)	100 (462)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

<sup>17</sup> La tipología de González y Ham-Chande señala cuatro categorías de envejecimiento elaboradas con base en las combinaciones que se dan entre el estado de salud y el de los factores de riesgo (consumo de tabaco y alcohol y sedentarismo). Estas son: envejecimiento ideal, el estado de salud es muy bueno y el factor de riesgo bajo; envejecimiento activo: cuando hay un estado de salud muy bueno y un factor de riesgo medio o alto, o cuando hay un estado de salud bueno, cualquiera que sea el factor de riesgo; envejecimiento habitual: un estado de salud regular y un factor de riesgo bajo o medio; envejecimiento patológico que se presente con un estado de salud regular y un riesgo alto o un estado de salud malo sin importar el factor de riesgo (2007: 454).

Del cuadro núm. 2 se desprende que poco más de la mitad (53%) de las personas que respondieron el cuestionario, se encontraban casadas o unidas. Algunas de estas personas estaban en una segunda unión, y en 47 casos (20%) sus cónyuges tenían descendencia de una unión anterior. El resto eran divorciadas, separadas, viudas o solteras. Sin embargo, vale la pena

destacar la diferencia entre el número de mujeres que son solteras, separadas o viudas, que suma el 45%, mientras que solo el 21% de los hombres está en esa situación. Por otra parte, hay tres veces más viudas que viudos, lo que habla de una mayor longevidad de las mujeres, y de una tendencia de los hombres a no estar sin pareja.

Cuadro núm. 3. Número de hijos e hijas de las personas entrevistadas por escolaridad

Hijos e hijas de los entrevistados	Escolaridad		
	Educación básica	Educación superior	Total
	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)	% (Frecuencia)
Ninguno	5,41 (6)	14,66 (51)	12,42 (57)
1-3 hijos/as	67,57 (75)	76,44 (266)	74,29 (341)
4-7 hijos/as	21,62 (24)	8,62 (30)	11,76 (54)
8 o más hijos/as	5,41 (6)	0,29 (1)	1,53 (7)
Total	100 (111)	100 (348)	100 (459)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

En lo que se refiere a la descendencia, los resultados están en estrecha relación con el estado civil pues 57 personas (12,4%) no habían tenido hijos o hijas, con una prevalencia mayor si tenían escolaridad (14,7% para educación superior y 5,4% para los de menor escolaridad), mientras que 341 (74,3%) tenían entre 1 y 3 hijos e hijas, nuevamente con una prevalencia mayor para los de mayor escolaridad (76% para educación superior y 67,6% para los de menor escolaridad); 54 personas (11,8%) tenían entre 4 y 7 hijos e hijas con una preva-

lencia mayor para los de menor escolaridad (21,6%), y las 7 restantes (1,5%) habían procreado entre 8 y 14 hijos e hijas, también con una prevalencia mayor para los de menor escolaridad. Esta distribución de la descendencia sugiere los efectos diferenciales de la transición demográfica –en particular, la reducción de la tasa de fecundidad– en la vida reproductiva de las personas que participaron en nuestra encuesta.

La escolaridad de las personas que contestaron el cuestionario era la siguiente:

Cuadro núm. 4. Escolaridad de las personas adultas mayores por grupos quinquenales de edad

Edades quinquenales	Escolaridad			
	Educación básica % (Frecuencia)	Educación media % (Frecuencia)	Educación superior % (Frecuencia)	Total % (Frecuencia)
60-64 años	1,71 (3)	15,43 (27)	82,86 (145)	100 (175)
65-69 años	5,44 (8)	17,01 (25)	77,55 (114)	100 (147)
70-74 años	6,67 (5)	21,33 (16)	72 (54)	100 (75)
75-79 años	10 (4)	20 (8)	70 (28)	100 (40)
80-84 años	38,46 (5)	15,38 (2)	46,15 (6)	100 (13)
85 y más años	27,27 (3)	45,45 (5)	27,27 (3)	100 (11)
Total	6,07 (28)	18 (83)	75,92 (350)	100 (461)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

Si tomamos en cuenta el promedio de escolaridad nacional en 2020, que era de 9,2 años, nuestra muestra tiene una escolaridad muy por encima del promedio. Incluso si consideramos a la Ciudad de México, que alcanza los 11,1 años, y es la entidad con mayor escolaridad a nivel nacional<sup>18</sup> y también donde reside la mitad (51,46%) de nuestros respondientes. Dado que hicimos circular el cuestionario a partir de nuestras redes sociales, que en su mayoría son personas universitarias, este

dato de la escolaridad muestra el sesgo de la muestra, pues no refleja las condiciones de escolaridad del país. Más allá de este sesgo, queremos destacar que casi la mitad de las personas que solo alcanzaron la educación básica tiene más de 74 años.

Esta escolaridad, por otra parte, tiene implicaciones en el tipo de empleos que desempeñaron estas personas mayores y en su situación laboral, en el momento que respondieron el cuestionario.

<sup>18</sup> <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/escolaridad.aspx?tema=P%20>

Cuadro núm. 5. Actividad principal de las personas adultas mayores en el momento de responder el cuestionario

Actividad principal	Frec.	Percent	Cum.
Jubilado	181	39,4	39,4
Jubilado y trabaja actualmente	2	0,4	39,8
Empleado	94	20,4	60,2
Trabajador por cuenta propia	86	18,7	78,9
Patrón o empresario	27	5,9	84,8
Estaba desempleado	8	1,7	86,5
Ama de casa	62	13,5	100
Total	460	100	

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

El número de personas jubiladas o jubiladas y empleadas, que representa el 40% de la muestra de estudio, habla de trayectorias laborales que se caracterizaron por

una gran estabilidad en el empleo. Esta estabilidad se refleja en su situación económica.

Cuadro núm. 6. Cuadro resumen de la actividad principal recategorizado por condición de empleo actual de acuerdo con el sexo

Actividad principal	Sexo		Total
	Hombre	Mujer	
Jubilado	42 (47)	38,4 (134)	39,3 (181)
Empleado o jubilado y empleado	53,6 (60)	42,7 (149)	45,3 (209)
Desempleado	3,6 (4)	1,2 (4)	1,7 (8)
Ama de casa	0,9 (1)	17,8 (62)	13,7 (63)
Total	100 (112)	100 (349)	100 (461)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

De acuerdo con lo que muestra el cuadro 6 hay mayor número de jubilados y personas que trabajan entre los varones que entre las mujeres. Sin embargo, los quehaceres del hogar están a cargo de las mujeres. La diferencia en la constitución de la muestra para población con educación básica y con estudios superiores, se refleja en el número de amas de casa: 32% tiene educación básica, lo que las pone en desventaja para aspirar a ingresos, en contraste con el 8% que tiene educación superior.

De modo que la combinación de la edad de la mayoría de las personas mayores que respondieron el cuestionario, su escolaridad, su estado civil y su actividad principal crearon una situación física y económica que influyó en la forma como participaron en las actividades de cuidados.

Por lo que respecta a las entrevistas, entrevistamos a 24 personas mayores, de las que 8 son hombres y 16 son mujeres. Diez viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México, 5 en el estado de Puebla y 5 más en la ciudad de Guadalajara, las cuatro restantes viven en Torreón, Estado de Coahuila, y Valle de Bravo, Estado de México. Respecto de su distribución por edad, 17 se encuentran entre los 60 a 69 años, 5 tienen entre 70 y 79 años y solamente 2 tienen más de 80 años. En relación con su estado civil, la mayoría (13) está casada o en unión libre, 6 son separadas o divorciadas, 4 han enviudado y una persona mantuvo su soltería. En correspondencia, todas las personas

entrevistadas, excepto una, tuvieron hijos; si se deja aparte el caso de Doña Cristina, que tuvo 10 hijos, el promedio de hijos de las personas entrevistadas fue de 2,3 –con lo que podemos afirmar que la mayoría procreó en el periodo post-control de la fecundidad en el país. La estructura del hogar de las personas entrevistadas concuerda también con los rasgos previos, pues la gran mayoría vive con integrantes de su familia, sobre todo con su cónyuge y/o algún hijo o hija (12), 6 viven solos, 3 residen con sus nietos y nietas, y una persona vive con su empleada doméstica. Adicionalmente, 2 personas entrevistadas (una pareja), debido a la contingencia sanitaria y el desempleo que sufrieron un hijo y un yerno, reacomodaron los espacios en su vivienda para dar cabida a las familias de un hijo y una hija. De modo que antes de la pandemia vivían 5 personas en su hogar, pero al momento de la entrevista eran 12: ellos 2, un hijo, 3 hijas, una nuera, un yerno y 4 nietos.

Por otro lado, dado que buscamos diversidad en las características de las personas entrevistadas, respecto de la educación, en la muestra cualitativa contamos con seis personas que tienen educación básica –concluida o no– cinco con nivel de bachillerato o técnico, ocho que alcanzaron una licenciatura y cinco llegaron al posgrado. En relación con la actividad principal que realizan, casi la mitad (11) son jubiladas, 4 son amas de casa, 3 son empleadas, 3 trabajan por cuenta propia y 3 perdieron el empleo durante la cuarentena.

## 6. Las personas mayores y su papel en el trabajo de parentesco

El trabajo de parentesco en tiempos de la pandemia se ha reconfigurado: por una parte, ha implicado brindar apoyo económico, en torno al cual no solamente ha habido transferencias monetarias, sino que también se han compartido recursos como la vivienda, los alimentos u otros medios de vida. Por otra parte, en la red de intercambios destaca el apoyo emocional y la compañía. Las personas mayores también han dispuesto de su tiempo y energía para cuidar o supervisar a sus nietos y han ayudado a resolver otros asuntos menores. Los intercambios se han dado entre las personas adultas mayores y las generaciones más jóvenes –hijos y nietos–, pero de igual manera entre diferentes segmentos del conjunto de personas de 60 años en adelante.

Las personas mayores que colaboraron en nuestro estudio han participado intensamente en todos esos intercambios. Normalmente no se brinda solamente un tipo de apoyo, ni este va en una sola dirección. Observamos que de manera simultánea se realizan diferentes tareas para resolver necesidades diversas de los familiares. Por ello, sostenemos que se establece un entramado de cuidados en la red inmediata, el mismo que se puso en juego durante la pandemia. El trabajo de parentesco se ejerció más intensivamente a través de dicho entramado de cuidados.

## 7. Los entramados de intercambios

Indagamos sobre diferentes tipos de apoyo brindado por las personas mayores antes y durante la pandemia. Si bien no es el único, entre esos tipos de apoyo destaca el económico.

Cuadro núm. 7. Dependientes económicos durante la pandemia de acuerdo con el sexo del respondiente

Dependientes económicos	Sexo		Total
	Hombre	Mujer	
No tiene	18,8 (21)	50,6 (177)	42,9 (198)
Tiene	81,3 (91)	49,4 (173)	57,1 (264)
Total	100 (112)	100 (350)	100 (462)

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta virtual sobre adultos mayores (60 años y más) y su organización familiar en el contexto de la pandemia COVID-19.

El cuadro núm. 7 muestra una mayor participación de los hombres en los apoyos económicos, debida en gran medida al número de mujeres que son amas de casa y no tienen ingresos propios. Además, de estas personas adultas mayores que declararon tener dependientes económicos antes y durante el confinamiento, otras 43 (9,28%) empezaron a brindar ese apoyo durante la pandemia. Para 80 (17,2%) sus dependientes eran principalmente hijos e hijas; muchos de los cuales también compartían la vivienda con la o el adulto mayor. En 21 casos (4,54%) la ayuda era para los padres, 13 (2,81%) a sus nietos y 16 (3,4%) a sus hermanos. Aunque la mayoría solo tenía un dependiente económico, hubo seis personas que tenían cinco o seis.

El apoyo emocional y en cuidados a la salud, así como el acompañamiento también estaba presente, y no solo alcanzaba a las personas con las que compartían la vivienda, sino a la red de parientes. Las respuestas al cuestionario y las entrevistas muestran una participación diferencial entre hombres y mujeres. Aunque los hombres respondieron como principal aporte el apoyo emocional y el acompañamiento, seguido de aportación económica con poca participación de apoyo en tareas escolares, domésticas o de cuidado o higiene a otros y otras, su contribución fue inferior al de las mujeres. Ellas participaban activamente en las distintas manifestaciones del trabajo de parentesco. A manera de ejemplo: el 28,2% (33) de los hombres declaró haber dado apoyo emocional, mientras que fueron 51,6% (188) de las mujeres las que lo hicieron. En lo que se refiere al acompañamiento, el 25,6% de los hombres lo brindaron, y el 51% de las mujeres lo hicieron. El 77,7% (283) de las mujeres brindaron cuidados de salud, y el 56,4% de los varones los dieron.

En el grupo de WhatsApp al que tuvimos acceso, las personas mayores detallaban las múltiples actividades destinadas a apoyar a amigas y amigos, padres y madres, hermanos y hermanas, sobrinos con quienes no compartían la vivienda, y por supuesto hijos, hijas, nietos y nietas. La ayuda que brindaban las mujeres iba desde cuidar y acompañar a los que tenían alguna enfermedad, preparar festejos virtuales, hacer tareas domésticas en apoyo de sus hijas que debían trabajar, y de las madres y padres que ya no estaban en condiciones de hacerlas. En este esfuerzo se trasladaban a la casa de esas personas, llevaban medicamentos y alimentos, o bien, recibían en su casa a sus nietos y nietas.

Los motivos por los que lo hacían eran diferentes. Algunas, ante la pérdida del empleo de sus hijos y por la estabilidad económica que poseían, derivada de su trayectoria laboral, sostenían los gastos de sus hijos e hijas. Por ejemplo, Emma<sup>19</sup> (73 años, Ciudad de México, posgrado, jubilada), que no obstante la jubilación conserva un trabajo a tiempo parcial que realiza en línea y le requiere unas horas a la semana. Ella vive con su hija, que es maestra de danza, y a raíz de la pandemia se quedó sin trabajo. De modo que Emma, que ha conservado la totalidad de sus ingresos, se ha hecho cargo de todos los gastos de la casa, y solventado los gastos personales de su hija.

Me pagan exactamente igual. Yo no he tenido ningún cambio en mis ingresos. Han seguido siendo los mismos. Mi jubilación se ha mantenido exacta,

<sup>19</sup> Todos los nombres utilizados son ficticios, con la finalidad de preservar la identidad de las personas entrevistadas.

no me han quitado nada, ni se ha retrasado nada, y la universidad me sigue pagando. Entonces, la situación económica no se ha modificado absolutamente en nada. Mi hija sí, porque mi hija da algunas clases presenciales, que no puede dar... ella es maestra de danza y eso tiene que ser presencial. Entonces a ella sí se le... Tuvo que cerrar sus grupos, y bueno trabaja... es diseñadora gráfica y trabaja en casa, pues. Eso lo ha mantenido. Sí ha disminuido bastante su ingreso. Pero también hemos ahorrado mucho, porque esto de no salir a gastar es muy bueno. Económicamente no hemos tenido ningún trastorno. (Emma, 73 años, jubilada, entrevista 1 de julio, 2020).

El apoyo a hijos e hijas no se ha dado sólo durante la pandemia. La ayuda es cotidiana cuando hace falta, y ha continuado durante la pandemia. Constanza (60 años, Torreón, Coahuila, licenciatura, empleada) señalaba la importancia que para ella tenía la educación de sus nietos y la salud de su hija y nietos.

A Mayté (su hija) yo la apoyo normalmente... Ella toma medicamentos y... con sus citas con su psiquiatra. (Titubea) Yo la apoyo con eso: compro los medicamentos y pago las citas con el médico. Y si le manda algún otro médico, como por ejemplo le acaban de mandar endocrinólogo y exámenes, yo se lo pago. Y apoyo con la colegiatura de José (hijo de Mayté), también, y... bueno, mi papá la apoya con la colegiatura de Julia (hija de Mayté). José acaba de salir de secundaria, ya va a prepa, y Julia va a segundo de secundaria. Bueno eso es en lo que yo, básicamente, la apoyo. Lo que para mí es importante es la salud y la educación. Mayté no tiene posibilidades, el ex no le apoya para nada, y pues bueno, yo en cuanto lo que es educación y salud, eso sí veo la forma de echarle la mano. (Constanza, 60 años, empleada, entrevista 12 de julio, 2020).

Constanza se contagió de COVID, y afortunadamente, solo tuvo cefaleas y cansancio. Mientras estuvo enferma, sus hermanas y su hija Mayté le llevaban los alimentos y otros artículos que necesitaba. Los dejaban en la puerta de la casa, y ella los recogía una vez que se habían retirado.

Recién se había recuperado cuando su padre de 89 años fue diagnosticado con la enfermedad. El padre estuvo asintomático, pero se aisló. Y aunque tiene varios hermanos y hermanas, Constanza era la única que había estado contagiada, de modo que asumió la tarea de atender al padre.

De esa manera, alrededor de Constanza observamos el entramado de apoyos así: ella le brinda una transferencia monetaria importante a su hija, quien también recibe el mismo tipo de apoyo de parte de su abuelo, el padre de Constanza; pero cuando Constanza se contagió de COVID19, recibió ayuda de sus hermanas; a su vez, por el hecho de haber adquirido los anticuerpos, cuando su papá presentó la misma enfermedad, era Constanza quien podía atenderlo. Los apoyos no son de un solo tipo, ni tienen una sola dirección.

Por su parte, Olga (64 años, Guadalajara, Jalisco, preparatoria, ama de casa) ha recibido a sus nietos y a su hija todos los días en su casa. Lo que ella buscaba era verlos, convivir con ellos, y, de pasada, darle un descanso a su hija. Decía: “a tratar de entretener nietos en ayuda a los hijos”. Los niños disfrutaban la casa de los abuelos, que era más grande que donde vivían. El cuidado y la preparación de los alimentos lo hacían las dos mujeres y además se acompañaban. El trabajo de parentesco hacía más ligero el encierro para todos: los niños cambiaban los espacios donde estaban, para su madre era más fácil el cuidado, y Olga, la abuela, estaba acompañada, y alimentaba la relación con sus nietos, lo que le daba mucha satisfacción, y le evitaba sentirse sola.

De esta manera, en la red de Olga también a través del trabajo amoroso se procura el bienestar de todos y se ejerce el parentesco. Esto es: Olga provee cuidados, acompañamiento y supervisión a sus nietos, mientras su hija se conectaba al internet en casa de Olga para trabajar. A Olga le complace estar junto a sus nietos y, a su vez, disfruta la compañía de su hija mientras ambas preparan la comida; a los nietos de Olga, por su parte, les gusta estar en la casa de Olga, más grande y cómoda que la de ellos.

Por su parte, Olga hace también su labor amorosa de hija. Su madre, de 85 años, vive sola. Pero un día le dijo que prefería “morirse de coronavirus que de soledad”. Ante la contundencia de la afirmación, Olga iba a acompañarla por lo menos una vez por semana, con todas las precauciones, aclaraba, y pasaba con ella la tarde conversando y jugando cartas (Olga, 64 años, ama de casa, entrevista 22 de julio, 2020). En el entramado de Olga también los intercambios se dan en diferente dirección y entre generaciones.

En el caso de Alicia (66 años, Ciudad de México, maestría, jubilada), el entramado de apoyos parece un tanto más complejo. Ella afirma contundente que ha sido “apagafuegos”. Durante los primeros meses de la pandemia cuidó a su madre de 91 años, acompañó a su hermana cuyo hijo falleció, además, cuidó a sus nietos y nietas, pues su hija y su hijo seguían trabajando. En particular con su hija e hijo ha desarrollado una organización en la que todos cooperan. Cuando, por un evento familiar tuvieron que suspender las visitas durante dos semanas, su hija le dijo que sus hijos (nietos de Alicia) extrañaban ir a su casa: “Están deprimidos, porque son el hermano y la hermana. Extrañan a sus primos, ir a otra casa”. Alicia también señalaba que su hija y yerno “me siguen trayendo el súper, yo no voy a una tienda. No hago salidas a nada. César y Adriana compran todo lo que necesito. Solo cuando necesito dinero voy al cajero”. El acompañamiento y los cuidados a su madre han sido parte de la vida cotidiana de Alicia. En la entrevista habló del cumpleaños de su madre:

El otro día, fue cumpleaños de mi mamá. Ella esperaba visitas, y le dije que no se podía. ¿Por qué? Por el virus. La puse a que se bañara, la puse muy elegante, le puse botana desde las 11. Le compré una Coca (Cola), porque tampoco le doy Coca (Cola). Dándole sus gustitos. Recibió muchas llamadas, y recibió re-

galos comprados en Amazon. Acabé muerta ese día. La última llamada entró a las 9.30 de la noche. Pero ella estuvo muy contenta (Alicia, 66 años, jubilada, entrevista 13 de mayo, 2020).

Los ejemplos anteriores muestran el entramado de ayuda y compañía creado a partir del trabajo de parentesco en el que la participación y los beneficios alcanzan a todas las personas involucradas sin importar su edad o posición en la red familiar. La abuela cuida los nietos, y al hacerlo está acompañada. Como hija atiende a su madre, y su propia hija y yerno a su vez hacen las actividades que supondrían mayor riesgo de contagio como acudir a hacer el abasto de víveres. ¿Quién acompaña a quién? ¿Quién ayuda a quién? Es imposible trazar una línea única, se trata de un entramado.

Los apoyos se han ampliado a una red terciaria, a la comunidad con la que se ha tejido lazos, por ejemplo amistades, empleados, personas del entorno cotidiano. Para algunas de estas personas mantener el salario de las trabajadoras del hogar, ha sido un esfuerzo y, sin embargo, lo han hecho. Los apoyos han sido diversos y han alcanzado a entrenadores/as de los gimnasios a los que acudían, a personas que contrataban para hacer reparaciones y dar mantenimiento a la vivienda, feligreses de los templos a los que asistían. En estos casos, la ayuda ha sido económica y ha sido proporcionada principalmente por los hombres. Además, algunas mujeres declararon que sabían de la necesidad que tenemos las personas de hablar, de tener contacto, y en este esfuerzo llamaban de manera cotidiana a amistades y parientes que vivían solas. A través de estas acciones se tejía una red que iba más allá de los parientes más cercanos y que ayudaba a paliar las consecuencias afectivas del confinamiento y la falta de recursos económicos.

## 8. ¿Cuáles son las limitantes de los apoyos que se pueden proveer?

Además de lo finito de los recursos, observamos que tanto la edad avanzada –con la consecuente pérdida de autonomía y deterioro de la salud– como la presencia de alguna enfermedad crónica, pueden ser factores que limiten el intercambio y lleven más bien a la necesidad de recibir apoyos.

Entre las personas mayores había quienes requerían de cuidados y apoyo económico. Era el caso de las que tenían una pensión muy reducida o de plano carecían de ella; las que tenían problemas de salud; o bien, quienes por su avanzada edad habían perdido movilidad y autonomía, por lo que requerían más cuidados y tener compañía de manera constante. En estos casos, eran otros parientes, que podían incluir adultos mayores, quienes los atendían, visitaban y apoyaban económicamente.

Las circunstancias en que las personas mayores requieren cuidados o apoyo son diversas en función de la estructura del hogar y la forma en que obtienen sus medios de vida. A dos entrevistadas, Doña María (86 años) y Doña Cristina (82 años), el apoyo general, económico y de otro tipo, que reciben de parte de sus hijos e hijas, les permite vivir, como dijo Doña María “sin

sustos, ni miedos, ni sobresaltos”. Doña María tuvo 5 hijos, vive con 2 de sus hijas en una casa grande en la Ciudad de México. Aunque fue de origen humilde, sus hijos son casi todos profesionistas. Sus hijas, quienes por sus trabajos tienen ingresos regulares, le proporcionan dinero, pero además la cuidan. Dice que sus hijas no la dejan salir durante la pandemia y la limpieza de la casa –que antes de la pandemia era realizada por dos trabajadoras, a quienes sus hijas han podido seguir pagando, pero no acuden a trabajar por decisión de ellas– la hacen sus hijas, aunque aclara: “yo no estoy de floja, me acomodo, aunque sea a limpiar el polvo”. Extraña no poder salir y ver a sus marchantes o acudir a su centro religioso, pero nada más (Doña María, 86 años, ama de casa, 2 de julio, 2020).

Por su parte doña Cristina tiene 9 de los 10 hijos a los que dio a luz, pero vive regularmente sola en su lugar de origen en la Mixteca Poblana. Si bien recibe algunos ingresos de parte de sus hijos e hijas, sus fondos provienen principalmente de la pensión de adultos mayores que recibe del gobierno cada dos meses y la pensión que recibe desde que enviudó. Le gusta ser autónoma. Sin embargo, durante la pandemia cambió su lugar de residencia a casa de una de sus hijas en la Ciudad de México, pues tanto sus hijos e hijas como ella estaban preocupados por un posible contagio. En marzo, empezaron a llegar personas del pueblo, que viven en Nueva York, algunos enfermos de COVID 19 y otros buscaron refugiarse en el pueblo por temor a contagiarse allá. Las autoridades locales emprendieron una agresiva campaña para evitar contagios: entre otras medidas, una camioneta recorría el pueblo diariamente con información y recomendaciones de quedarse en casa para prevenir los contagios. Tanta información había y tan frecuentes eran las llamadas de los hijos e hijas de Doña Cristina pidiéndole que extremara precauciones y que, preferiblemente, se fuera a la Ciudad de México, que ella se asustó. Tenía mucho miedo, como lo reconoció en la entrevista. Estaba sola, hablaba por teléfono, pero se sentía mal por no ver a nadie y sí le daba miedo contagiarse: “en los años que tengo, nunca había visto algo así”. En abril decidió que apenas recibiera el pago del apoyo gubernamental a los adultos mayores, se iría a casa de una de sus hijas, que es adulta mayor, en la Ciudad de México y eso hizo. Después de ese cambio de casa, se sintió mucho mejor: cuidada y acompañada, ya sin miedo (Doña Cristina, 82 años, ama de casa, 26 de julio, 2020).

La situación de cuidados y atenciones que han recibido estas mujeres durante la pandemia ha sido resultado de los cuidados que prodigaron a su prole durante su infancia y adolescencia. Estas mujeres, que por su edad están limitadas para realizar muchos de los quehaceres domésticos, durante el confinamiento se han esforzado por no ser una carga, por dar algo a cambio de los cuidados que reciben. Y no solo eso, han brindado algo que ha sido muy valioso durante la pandemia: han acompañado a su descendencia que también son personas mayores durante el confinamiento.

Otro es el panorama, no obstante, cuando se requiere apoyo pero no hay ingresos seguros en el hogar ni se cuenta con redes, como en los casos previos. Doña Laura vive en la ciudad de Puebla, tiene 67 años y tuvo

2 hijos y 1 hija. Si bien uno de ellos construyó una “casa grande” en el terreno que es de ella, no le da apoyo económico desde que se casó; otro de sus hijos no vive ahí y tampoco le da ningún apoyo. Doña Laura comparte su “cuartito” con 3 nietos (20, 13 y 11 años), hijos de su única hija, quien “los tuvo y me los vino a dejar” cuando eran pequeños. La madre no los cuida ni provee, “se fue con un hombre y por las drogas”. Doña Laura, desde una edad muy temprana empezó a trabajar; cuando su esposo la abandonó, ella se hizo cargo de su prole y trabajó “de todo”: fue trabajadora doméstica y luego aprendió que el comercio le dejaba mejores ingresos, así que vendió diversos productos, como antojitos los fines de semana por más de 30 años y algunos productos por catálogo. Ella atribuye al exceso de trabajo las múltiples enfermedades que padece: hernias en la columna que no se pueden operar, fibromialgia, hipertensión, herpes en un ojo, EPOC. Como ya no puede trabajar, se siente “inútil” y se preocupa por su nieta de 20 años que es quien actualmente se hace cargo de buscar ingresos. A pesar de la pandemia, le ayudaron a conseguir trabajo en un taller de costura que está lejos de donde viven. Doña Laura se angustia por su nieta tanto porque debe subirse al transporte público donde se puede contagiar de COVID 19, como por la inseguridad. Además, dice, “a ella no le debería tocar esta responsabilidad”. Por lo mismo, con dificultades se levanta y prepara frituras o fruta que sus nietos salen a vender en el vecindario y espera que, cuando haya “más movimiento, cuando termine la pandemia”, pueda otra vez salir a vender antojitos o lo que sea que les proporcione un mejor ingreso. Cuando Doña Laura tuvo mejores condiciones de salud trabajó mucho para mantener a sus nietos. No obstante, la ayuda que proporciona es la supervisión a sus nietos que no tienen la edad para ir a trabajar, y facilitar la entrada de algo de dinero al hogar (Doña Laura, 67 años, comerciante desempleada, 30 de julio, 2020).

Una experiencia diferente es la de Isabel (64 años, Guadalajara, Jalisco, preparatoria) que es pensionada, tiene una enfermedad degenerativa, y aunque usualmente vive con su hija que es médico, con motivo de la pandemia, la hija mudó su residencia para evitar el riesgo de un contagio. Durante la entrevista, ella expresó lo siguiente:

También tengo una hermana, que tiene una posición [económica]..., y tiene un gran corazón, que ella me ha apoyado muchísimo. Mensualmente me deposita una cantidad y le digo: no, ya no me deposites, ya me pensioné. Aunque me dan muy poco por mi pensión porque yo coticé no me acuerdo cuántas semanas. Me dan el mínimo, los 3500. Y yo, ay no importa, con eso me la voy... Y mi hermana me dice: no, mientras yo pueda, yo te voy a seguir ayudando, y me deposita el dinero cada mes. Marta (su hija) también me ayuda. Le pido a veces: sabes qué no se ha pagado el gas, o no ya no me alcanza... no te preocupes mami, yo la pago. En medicinas me gasto mucho. Son muy caras y luego difíciles de conseguir, y luego ahí anda preocupada, nerviosa, y le digo: no, no, tranquila. Porque sí se preocupa mucho porque no tenga mis medicamentos. Y también amigas me

han ayudado. María y su esposo me consiguen el medicamento más barato. Sí me han ayudado compañeras... Aunque esté sola, y a veces me agarra el *apachurramiento*, pero prefiero estar sola que tener dificultades y problemas... El grupo de amigas acompaña mucho. Y luego los celulares porque te ríes o ves cosas en el *face* que antes no existía, que no estaba. A nosotros no nos tocó nada de eso, pero pues sí, esto también como que te va pasando el día o te va haciendo más ameno. Fíjate sin pensar, ya cuatro meses aquí encerrados, yo del todo, ¿eh?... (Isabel, 64 años, pensionada, 22 de julio, 2020).

A diferencia de las adultas mayores mencionadas antes, Isabel no tiene posibilidades de corresponder a los apoyos que recibe como parte de los trabajos de parentesco, pues su condición de salud la obliga a permanecer recluida y el monto de su pensión es reducido. Sin embargo, a lo largo de su vida tejió una red que es la que antes y durante la pandemia le ha permitido vivir en mejores condiciones.

Las limitaciones para el trabajo de parentesco que se desprenden de la condición de salud o la edad y que se suman a las condiciones que ha generado la pandemia, no han impedido que las personas den lo que pueden dar: compañía, afecto, supervisión. La pandemia ha obligado a intensificar el trabajo de parentesco, si no física o económica sí afectiva.

## 9. Consideraciones finales

En México, la familia ha sido un recurso, una fuente de apoyo, durante las crisis económicas, y las consecuencias en la vida de las personas. Sin embargo, la pandemia de COVID 19 ha tenido especificidades que han creado un contexto diferente respecto a otras crisis que habían enfrentado con anterioridad las familias mexicanas. Estas especificidades derivan de la convergencia de distintos tipos de situaciones críticas, que al combinarse crean una situación que es diferente a las crisis que ha sufrido la sociedad mexicana en las últimas cuatro décadas. Una de estas particularidades fue la crisis de salud que implicaba la pandemia, que puso en evidencia el deterioro de la infraestructura hospitalaria y de todos los servicios de salud públicos. La pandemia también era una amenaza para el conjunto de la sociedad mexicana, y en particular para las personas adultas mayores sin importar el sector social al que pertenecieran. Como parte de esta amenaza todos los sectores sociales debieron atender la indicación más importante para combatirla: el confinamiento.

A esto se sumó la paralización de todas las actividades económicas consideradas no esenciales durante los primeros meses de la pandemia. Esta paralización se sumó a la desaceleración que había experimentado la economía mexicana los años anteriores. Las consecuencias no se dejaron esperar: pérdida de empleos y la reducción de los ingresos de muchos de los que habían conservado el empleo.

Un tercer elemento sobre el que no hemos abundado en este trabajo, pero que ha caracterizado a la pandemia es el miedo que despertaba la posibilidad del contagio y

eventualmente de muerte. El miedo sin duda influyó en las respuestas que las familias dieron a sus integrantes ante el confinamiento, el deterioro de sus ingresos y la pérdida del trabajo<sup>20</sup> De modo que la pandemia ha generado una crisis de salud, una crisis económica y despertó un sentimiento de vulnerabilidad generalizado. La sociedad mexicana no había vivido una experiencia de esta naturaleza en los últimos cien años. Sin embargo, como lo hemos mostrado a lo largo de este trabajo, las consecuencias no fueron iguales para todas las familias.

Ante las políticas instrumentadas por el gobierno mexicano para hacer frente a la pandemia, la población mexicana ha hecho ajustes a sus actividades económicas, adaptaciones en su vida cotidiana y para ello han reorganizado algunos aspectos de las relaciones familiares. Estas modificaciones han descansado en una intensificación de los intercambios de los integrantes de las familias, en la que las personas mayores han jugado un papel activo. Los intercambios que los y las integrantes que las familias estudiadas desarrollaron durante la pandemia no eran los usuales, pues como señalamos más arriba, la combinación de crisis pertenecientes a ámbitos diferentes planteaba necesidades que no habían enfrentado con anterioridad de manera simultánea. Había que atender aspectos domésticos, laborales, económicos y afectivos, había que intensificar el trabajo de parentesco. Y el cuidado familiar que suele ser invisible, adquirió mayor importancia durante la pandemia por COVID 19 (Robles Silva, 2021: 151).

Cabe recordar, como lo explicamos en el apartado metodológico, que nuestra muestra en este estudio tiene un sesgo. La mayoría de las personas que participaron pertenecen a la clase media que, aunque también ha sido golpeada por la crisis económica, a lo largo de su vida ha podido acceder a fuentes de ingreso estables y, por lo mismo, han jugado un papel muy importante para sostener a diversos integrantes de su familia en esta coyuntura crítica.

La pandemia planteó una situación de excepción que mostró las diferentes dimensiones de la colaboración de estas personas mayores en los ajustes domésticos y familiares. La intensificación de los intercambios fue posible en gran medida gracias al trabajo de parentesco que estas personas adultas mayores habían realizado a lo largo de su vida. Los entramados de intercambios de cuidados que se pusieron en juego, como hemos visto a lo largo de este trabajo, no se instrumentaron por primera vez durante la pandemia, aunque sí se intensificaron.

Quedó en evidencia que los entramados no eran unidireccionales, fluían en distintas direcciones, e integraron a un número de personas mayor que cuando se trata de una crisis económica, cuando algún miembro de la familia pierde el empleo o enfrenta un problema de salud. Todos los integrantes de la familia requerían cuidados, aunque la naturaleza era diferente de acuerdo con la posición en la familia, la edad y condición de salud de las personas. Los cuidados, en sus manifestaciones materiales e inmateriales, fluían de padres y madres a su

descendencia, y de nietos y nietas a las generaciones que los precedían. Estos entramados incluyeron a hermanos y hermanas, cuñadas y cuñados. Con la pandemia se dio una ampliación de la red de personas que participaban en los intercambios.

Acompañar a los y las integrantes de las familias, que es uno de los objetivos más importantes del trabajo de parentesco –pues estrecha los vínculos– era una inquietud que se manifestaba en todas las generaciones. Las personas adultas mayores más jóvenes han mostrado una función de bisagra entre las generaciones, pues están en condiciones físicas y cuentan con recursos con los cuales pueden apoyar tanto a la generación más vieja como a su descendencia. Se preocupaban por la prole de sus hijos e hijas que estaba confinada, y usaban sus recursos para hacer más llevadero el aislamiento. Cuando sus progenitores vivían solos buscaron diferentes maneras de atenuar la soledad: los llevaron a vivir con ellas, los visitaban con frecuencia, cuidaban de que tuvieran todo lo que necesitaban. Su trabajo, sus recursos materiales y simbólicos, su apoyo afectivo fueron cruciales en el mantenimiento de los niveles de vida, la estabilidad emocional, las características de la reorganización de la vida doméstica y familiar que exigía el confinamiento.

Sin embargo, las personas mayores también recibían ayuda para hacer algunas tareas domésticas, y apoyo para mantenerse seguras en confinamiento –su prole se encargaba del abasto de alimentos y medicamentos, y de hacer las compras de lo que iban necesitando–. Este apoyo les daba seguridad, paliaba el sentimiento de vulnerabilidad, y, por lo tanto, el miedo. En el intercambio de recursos y trabajo los apoyos que otorgaban eran diferentes a los que aceptaban. Esta relación de apoyo entre los y las integrantes de distintas generaciones se ha sustentado en los valores que se han asignado a las relaciones familiares (Creed, 2000: 341).

De manera que el confinamiento que significó la reclusión de las personas paradójicamente generó una intensificación de los intercambios entre los y las integrantes de las familias estudiadas, que se tradujo en una densificación de sus redes. Prácticamente todos los integrantes de las familias encuestadas y entrevistadas estaban inmersos en un proceso en el que recibían y/o daban ayuda, cuidados, dinero, compañía.

Los arreglos que instrumentaron estas personas mayores mostraron una de las características de los hogares y las familias en épocas de desajustes y crisis: la flexibilidad para usar los recursos con que cuentan. Las personas mayores usaron sus bienes, capacidades, dinero y fortaleza para alcanzar el mismo fin: proteger su salud y la de los suyos, cuidar a sus padres, apoyar a su descendencia, y en ocasiones a hermanos y hermanas. Esta variedad de ajustes, que implicó más trabajo, desembolso de dinero, estrés, logró evitar o disminuir el deterioro en las condiciones de vida de los y las integrantes de las familias que habrían perdido sus ingresos. La cooperación, la mutua dependencia, la confianza tomaron un sentido diferente en el contexto de escasez económica (Creed, 2000: 347), de inestabilidad laboral, de incertidumbre sobre la duración de la pandemia y por consiguiente sobre el riesgo para la salud. La presencia

<sup>20</sup> Un análisis más amplio de este aspecto puede verse en Warn, Rojas y Estrada (s/f).

constante de las personas, el trabajo de parentesco era una certidumbre ante el panorama tan incierto.

Como parte de este proceso de reacomodo, ha quedado en evidencia que los vínculos que las personas mayores construyeron a lo largo de su vida, la cercanía afectiva resultado del trabajo de parentesco hecho durante años, en el contexto de la pandemia se plasmó en las actividades orientadas a crear condiciones de bienestar, que incluían cuidados, tareas domésticas, compañía y apoyo emocional para la red de personas que los rodeaba. A estas labores no se les suele conferir un valor útil (Federici, 2003: 160), pero han sido, sin embargo, cruciales. A través de estas actividades se densificaron las redes familiares y se lograron amortiguar los costos económicos, sociales y emocionales de la pandemia.

El trabajo amoroso que han hecho estos hombres y mujeres día tras día durante el confinamiento implicó en muchas ocasiones dejar de lado las preocupaciones y temores propios para cuidar, tranquilizar, dar estabilidad a las personas que las rodeaban. En este sentido, el cuidado “no puede descifrarse sin tomar en cuenta los componentes emocionales que están íntimamente asociados a las formas en que se expresan la emisión y la provisión del mismo” (Enríquez, 2014: 159).

En otro orden de ideas, la edad de las personas mayores que conforman nuestra muestra de estudio y brindaban los cuidados a los que nos referimos a lo largo de este trabajo estaba estrechamente relacionada con su estado general de salud. En su mayoría son personas que no están incapacitadas ni presentan un grado de deterioro avanzado. Esta condición de salud era crucial para sostener esta dinámica de intercambios constantes. Otro factor era la estabilidad económica que tenía la mayoría de las personas que respondió el cuestionario. Buena parte de ellas ya habían concluido su vida laboral y recibían mensualmente el dinero de su jubilación. Este ingreso durante la pandemia se convirtió en una suerte de seguro para la familia, y fue la base que permitió la

amplia colaboración de las personas mayores en las redes familiares. Por otra parte, todas las personas entrevistadas eran propietarias de su vivienda. Y estos recursos –pensiones y viviendas– también los compartieron con su descendencia.

Si bien hombres y mujeres adultas mayores durante la pandemia han ofrecido cuidados, trabajo, dinero a sus seres queridos, lo han hecho de maneras diferentes. Los varones brindaban apoyo emocional y monetario, en especial aquellos cuya cónyuge se dedicaba al trabajo del hogar, y carecía de un ingreso. Las mujeres por su parte desplegaban sus recursos materiales, de trabajo y emocionales para brindar las mejores condiciones de vida posibles a sus parientes más cercanos. El compromiso de unos y otras, que respondía a sus vínculos afectivos con los y las integrantes de todas las generaciones de la familia, se reacomodó a fin de satisfacer las diversas necesidades que surgían conforme avanzaba el confinamiento.

La densificación de los intercambios fue la que permitió que, una vez más, los costos sociales, económicos y emocionales de la pandemia, del confinamiento, fueran absorbidos por los grupos familiares. Para finalizar, lo que nos interesa destacar es que, a pesar de la indicación de la necesidad del confinamiento para la protección de las personas mayores, que en su mayoría acataron, esto no impidió su participación en sus redes familiares, pues, de manera regular la llevaron a cabo. Esto quedó de manifiesto cuando se convirtieron en un sostén para muchas personas de distintas generaciones que perdieron sus ingresos, que dejaron de ir a la escuela, que estaban solas o enfermas. Es innegable el papel central que las personas mayores han jugado durante la pandemia para coadyuvar al bienestar de una amplia gama de parientes que incluía padres, hijos e hijas, hermanos y hermanas, nietos y nietas, y en ocasiones alcanzó a una red terciaria. Para estas personas mayores confinamiento no fue sinónimo de aislamiento, vulnerabilidad no significó pasividad.

## 10. Referencias bibliográficas

- Adler Lomnitz, Larissa ; Pérez Lizaur, Marisol (1993). *Una familia de la elite mexicana. Parentesco, clase y cultura 1820-1980*. México: Alianza Editorial.
- Aguilar-Cunill, Carla; Soronellas-Masdeu, Montserrat; Alonso-Rey, Natalia (2021), “El cuidado desde el género y el parentesco. Maridos e hijos cuidadores de adultos dependientes”, *Quaderns-e*, núm. 22 (2), pp. 82-98. <https://www.raco.cat/index.php/QuadernsCA/article/view/333117/423971> (consultado el 15 de mayo, 2021).
- Bayón, María Cristina (2006), “Precariedad social en México y Argentina: Tendencias, expresiones, y trayectorias nacionales”, *Revista de la Cepal*, núm. 88, pp. 133-152.
- Beck, Ulrich; Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Bofill-Poch, Silvia, (2006), “Cuidado formal e informal en Cataluña. Un análisis de la percepción de las mujeres mayores en relación a sus derechos y obligaciones en materia de cuidados y atención”, *Etnográfica*, vol. X (2): 263-281. [dlwqtxts1xzle7.cloudfront.net](https://doi.org/10.1016/S1136-2061(06)60007-7) (Consultado 13 de mayo, 2021).
- Bortz, Jeffrey; Águila, Marcos (2006), “Earning a Living. A History of Real Wage Studies in Twentieth Century Mexico”, *Latin American Research Review*, vol. 41, 2: 112-138.
- Brachet-Márquez, Viviane (1994), “Political change and the welfare state: The case of health and food policies in Mexico (1970-1993)”, *World Development*, 22 (9): 1295 – 1312.
- Carsten, Janet (2004). *After Kinship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Comas d’Argemir Cendra, Dolors (2016). “Hombres cuidadores: barreras de género y modelos emergentes”. *Psicoperspectivas*, vol. 15 (3), nov., <http://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue3-fulltext-750>. (Consultado 13 de mayo, 2021).
- Creed, Gerald W. (2000) “‘Family Values’ and Domestic Economies”. *Annual Review of Anthropology*, vol. 29: 329-355.
- Di Leonardo, Micaela, (1987). “The Female World of Cards and Holidays: Women, Families, and the Work of Kinship”, *Signs*, 12 (3): 440-453. <http://www.jstor.com/stable/3174331> (consultado 10 de agosto 2020).

- Durán, María Ángeles (2017). “Ciudades que cuidan”, en María Nieves Rico y Olga Segovia (eds.) *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad*. Santiago de Chile: CEPAL/Naciones Unidas, 91-116.
- Enríquez Rosas, Rocío (2014). “Las emociones y el cuidado en las familias con miembros envejecidos”, en Ana Josefina Cuevas Hernández (coord.) *Familias, género y emociones*. Coyoacán: Universidad de Colima/Juan Pablos Editor, 153-179.
- Estrada, Margarita (1996). *Después del despido. Desocupación y familia obrera*. México: CIESAS.
- (1999). “En el límite de los recursos”, en Margarita Estrada Iguíniz (coord.) *1995, Familias en la crisis*. México: CIESAS, 43-59.
- Federici, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Finch, Janet (1994). *Family Obligations and Social Change*, Cambridge: Polity Press.
- García, Brígida, (1988), *Desarrollo económico y absorción de la fuerza de trabajo en México*, México: El Colegio de México
- Glenn, Evelyn Nakano (2000). “Creating a Caring Society”. *Contemporary Sociology*, January, 29 (1): 84-94. <http://www.jstor.org.proxy.ciesaslibrary.mx/stable/2654934> (consultado el 20 de agosto, 2020).
- González A., César; Ham-Chande, Roberto (2007). “Funcionalidad y salud. Una tipología del envejecimiento en México”, *Salud pública de México*, 49, 4: 448-458. <https://www.redalyc.org/pdf/106/10604403.pdf> (consultada el 27 de agosto de 2020).
- González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco/CIESAS.
- González Torralbo, Herminia (2016). “El ‘trabajo de parentesco’ que realizan las familias en Santiago de Chile”. *Revista de Antropología Social*, 25:153-169.
- Hanlon, Niall (2012). *Masculinities, care and equality. Identity and nurture in men's lives*. Hampshire: Palgrave-Macmillan.
- Ibarra, David, 2012, “Mercado de trabajo y protección social. Con referencia especial a México”. *Economía UNAM*, 9 (25): 3 – 13
- Lynch, Kathleen; Baker, John; Lyons, Maureen (2009). “Introduction”, en Kathleen Lynch, John Baker y Maureen Lyons, *Affective Equality, Love Care and Injustice*. UK: Palgrave Macmillan, 1-11.
- Lynch, Kathleen; Walsh, Judy (2009) “Love, Care and Solidarity: What Is and Is Not Commodifiable”, en Kathleen Lynch, John Baker y Maureen Lyons, *Affective Equality, Love Care, and Injustice*. UK: Palgrave Macmillan, 35-53.
- Marteletto, Leticia J.; Noonan, Mary C. (2001). “Las abuelas como proveedoras de cuidado infantil en Brasil”, en Cristina Gomes (comp.) *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. México: FLACSO, Miguel Ángel Porrúa, 377-394.
- Montes de Oca, Verónica (2001). “Bienestar, familia y apoyos sociales entre la población anciana en México: una relación en proceso de definición”, en Cristina Gomes (comp.) *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. México: FLACSO/Miguel Ángel Porrúa: 345-376.
- Pacheco, Edith, (2014). “El Mercado de trabajo en México a inicios del siglo XXI. Heterogéneo, precario y desigual”, en Rocío Guadarrama, Alfredo Hualde y Silvia López (coords.), *La precariedad laboral en México. Dimensiones, dinámicas y significados*, COLEF – UAM, México, pp. 45-100.
- Pantelides, Edith Alejandra (1984). “Familia y fecundidad: Balance y perspectivas en el caso latinoamericano”, *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, Vol. II, El Colegio de México / UNAM / Pispal: 675 – 693.
- Rivas Rivas, Ana María (1999). “Solidaridad intergeneracional: ¿quién depende de quién?, ¿quién ayuda a quién?”. *Sociología del trabajo*, 36: 109-132.
- Robles Silva, Leticia (2021). “Historias nebulosas sobre el cuidado de los ancianos en tiempos de la COVID-19”, *Desacatos*, 65: 140-155. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/2273/1566>
- Rodgers, Gerry (1989). “Precarious work in Western Europe: The state of the debate”, en Gerry Rodgers y Janine Rodgers (eds.), *Precarious Jobs in Labour Market Regulation: The Growth of Atypical Employment in Western Europe*, International Labour Office – Free University of Brussels, Ginebra, 1-16.
- Rojas García, Georgina (2018). “Trabajo y pobreza: cambio estructural, polarización y sobrevivencia” en Mercedes González de la Rocha y Gonzalo Saraví (coords.), *Pobreza y vulnerabilidad, Debates y estudios contemporáneos en México*, Colección México, México, CIESAS, pp. pp. 110 – 141
- Rojas García, Georgina; Salas, Carlos (2008). “La precarización del empleo en México, 1995-2004”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Segunda Época, Año 13, 19: 39-78
- Sahlins, Marshall (2013). *What Kinship Is– And Is Not*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Serna, Guadalupe, s/f. “Las MIPyMES mexicanas en medio de la crisis del COVID-19: efectos iniciales ante la ausencia de planes de reactivación económica” en Margarita Estrada, América Molina y Georgina Rojas (coords.) *COVID-19, Caleidoscopio mexicano de la pandemia: políticas y costos*, Ciudad de México, CIESAS (en prensa).
- Valencia Lomelí, Enrique (2019). “Dinámicas históricas de desigualdad en el régimen de bienestar mexicano” en María Cristina Bayón (coord.), *Las grietas del neoliberalismo. Dimensiones de la desigualdad contemporánea en México*, México, UNAM – IIS, 195 – 242
- Vallentin, Susann (2020). “Migración y familia. Una etnografía sobre el papel del parentesco en los procesos migratorios”, en Lucía Bazán, Margarita Estrada y Georgina Rojas (coords.) *La urdimbre doméstica. Textos en torno a la familia*. México: CIESAS-Colección México, 180-208.
- Warn, Lisa; Rojas, Georgina; Estrada, Margarita (s/f). “Como que de repente no hay variaciones en la sinfonía Confinamiento y estrés entre adultos mayores durante la pandemia de COVID19” en: Margarita Estrada, América Molina y Georgina Rojas (coords.) *COVID-19, Caleidoscopio mexicano de la pandemia: políticas y costos*, Ciudad de México, CIESAS (en prensa).
- Zelizer, Viviana A. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.